

TAMARA MOLINA

Besar
a un
elfo



Besar a un elfo

Tamara Molina

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Tamara Molina, 2024, en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29436-8

Depósito legal: B. 15.821-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1



Lola

La Navidad era la única época en la que Lola se obsesionaba con comprarse jerséis feos, y cuanto más estrafalarios y horrosos fueran estos, mejor. Pese a que el de aquel año era bastante peculiar, no superaba la indecencia del que llevó las Navidades pasadas, las últimas que celebró en casa. Un jersey que consiguió en una página web de dudoso origen, de un color rojo chillón fácilmente confundible con un incómodo naranja, que hacía sangrar los ojos nada más verlo a cualquiera que tuviese la desgracia de toparse con él. Incluso a su gato —renombrado— *Casimiro*.

Casimiro llevaba ocho años ciego por una conjuntivitis.

El jersey contaba con un trineo bordado de mala manera sobre el pecho del cual tiraban cuatro renos atados por unas luces navideñas que dibujaban un zigzag por todo el torso y terminaban enrolladas en ambos brazos. La parte favorita de Lola no era que las luces se iluminaran con un ritmo epiléptico, sino que el desagradable Papá Noel que dirigía el trineo cantaba un villancico desentonado e ininteligible cuando le pellizcabas la punta del micropene que sobresalía como un botón entre la tela de mala calidad.

Se le pasó por la cabeza la idea de volver a ponérselo para

aquella ocasión, pero supo nada más pensarlo que no sería lo más adecuado para todos los públicos. Aunque estaba segura de que a los niños de los que ahora se hacía cargo les habría encantado verlo.

—¿Puedo tocarlo otra vez? —le preguntó Sophie mientras acercaba con lentitud la mano.

Antes de que Lola pudiese responder, la cría posó su pequeña mano sobre el jersey, observó complacida los restos de purpurina en forma de copos de nieve que la brillante barba de Papá Noel le había adherido a la palma y, sin previo aviso, se la estampó contra las mejillas con brusquedad.

—Lo estás afeitando a manotazos —bromeó Lola, retirándole con cuidado un par de copos que reposaban demasiado cerca de sus ojos.

—Tengo sed. —Tosió de un modo desagradable sin taparse la boca.

¿Por qué los niños pequeños siempre lo hacían de manera tan enfermiza?

Extendió la mano y le acercó desde el asiento del carrito su nueva botella de agua color verde pistacho con varios animales salvajes estampados. Por suerte, esta le duraría más que la última, la cual había dejado en el tejado derritiéndose bajo el sol durante días, con la excusa de que «quería crear un ecosistema con agua y escupitajos».

Suspiró pensativa, mirando por unos segundos lo bonita e inocente que se veía aquella cría cuando no hablaba.

—Aaahh... —exhaló Sophie tras pegar un sonoro trago—. ¿Si echo purpurina dentro crees que puedo crear bichos brillantes?

Lo de mantenerse callada pocas veces sucedía.

Se alejó con un torpe paso hacia atrás al ver como la niña le dirigía otro manotazo a su estómago y le quitó la botella para volver a dejarla en su sitio antes de que se le ocurriera experimentar con cualquier otra cosa.

Sí, sin duda ese jersey no era tan hortera como el del cipote colgón. Era de un color fucsia que le quedaba mejor de lo que esperaba en contraste con su cálido subtono de piel, y el rostro de aquel Papá Noel bordado en el centro no se veía lo bastante cutre para su gusto. Pero, por suerte, tanto su barba como las gafas de sol en forma de corazón y el gorro navideño que llevaba estaban cubiertos de una cantidad indecente de purpurina que se desprendía constantemente al más mínimo movimiento, dejando un rastro por donde pasaba y unos brillitos adorables en las mejillas de Sophie.

Lola estaba segura de que en cuanto llegase a casa tendría que sacarse los dichosos brillos hasta de entre los labios de la vagina.

No sabía de qué se había sorprendido al bajarse del coche y encontrarse con los asientos hechos un cristo. Creía que podría deshacerse de los copos dando bruscos tortazos, pero la puñetera purpurina estaba más enganchada a la tapicería que ella a las telenovelas turcas.

Tomó la decisión más madura: ignorar el estropicio. Ya se encargaría la Lola del futuro. La de ahora tenía peores cosas de las que preocuparse.

—¡Argh! ¡Aquí está! —Se giró para descubrir a Finn sacando su parche de pirata, que ella creía haber escondido estratégicamente en el compartimento de la puerta del conductor, pero parecía ser que el maldito crío lo había encontrado de nuevo—. Soy el pirata más temido de América. ¡Argh! —gruñó de nuevo, encogiendo el dedo índice a modo de garfio y alejándose de las manos de Lola cuando intentaron acercarse a él.

—Estaos quietos un segundo, por favor.

Decidió no empezar otra lucha en la que tenía las de perder. Dejó al crío con su incómodo parche puesto mientras volvía a asegurarse de que la correa estaba bien atada y ninguno de

ellos se la había quitado antes de sacar a la pequeña Olivia de la sillita para bebés del coche y sentarla en su carrito.

Bueno, la madre de los niños llamaba a la correa arnés de seguridad antipérdida, pero para Lola la experiencia era más comparable a intentar domar a dos rottweilers, así que se decantó por asignarle el apodo de «correa». Una «correa doble antiescapada». No, tal vez era más acertado una «correa controla-demonios».

«*Demon control strap*», que en inglés suena todo más chic.

—Mamá nos ha dicho que tienes que comprarnos chocolatinas para mantener nuestros niveles de *gluposa* estables.

Sophie le dedicó una de sus tiernas sonrisas, con las que los ojos se le entrecerraban de manera encantadora y sus hoyuelos salían a relucir. Sujetando sus brillantes manos tras la espalda del vestido, se balanceaba hacia delante y hacia atrás luciendo como una niña buena y dulce.

Nada más alejado de la realidad.

—Se dice *glucosa*, y no sabes ni lo que me acabas de decir —negó divertida mientras se agachaba y comprobaba una vez más que el arnés que les abrazaba el pecho estaba bien atado. Toda revisión era poca—. Qué extraño, porque a mí vuestra madre me ha comentado que, si queréis comer dulces, tenéis vuestros caramelos mágicos.

Mágicos sí que eran: bibidi, babidi, *jugh!*

Apoyando las manos sobre sus rodillas, se levantó y se acercó al carro de Olivia. Abrió la bolsa maternal que colgaba del manillar y extrajo una pequeña bolsa de plástico repleta de caramelos caseros que se veían igual de apetecibles que los botones del camisón de su abuela.

El señor y la señora Nightingale le tenían terminantemente prohibido comprarles a sus hijos cualquier cosa azucarada o mínimamente procesada sin una petición previa. Petición que le resultaba inútil, porque las pocas veces que la había hecho se

la habían negado, así que ya no se molestaba en tratar de conseguirles a los críos una galleta decente que llevarse a la boca. Trabajaba para ellos y debía acatar sus normas, aunque en muchas ocasiones le parecían un tanto extremas para dos chiquillos de apenas ocho años.

Sophie y Finn fruncieron el ceño en un gesto de repulsión y ella les respondió con una mueca de comprensión antes de volver a meter los insípidos caramelos en la bolsa. No les iba a recriminar el gesto de desagrado porque tenían toda la razón, eran realmente asquerosos.

Se agachó frente a ellos y los cogió con suavidad de las manos para que le prestaran la mayor atención que eran capaces de dedicarle.

—Sabéis que este centro comercial es muy grande y habrá mucha gente —les dijo con sumo cuidado, intentando pronunciar el inglés lo mejor posible, creyendo que así, tal vez, se comportarían mejor—. Os pido, por favor, que os portéis bien y que hagáis caso a todo lo que os diga, ¿sí?

—Siempre te hacemos caso —se burló Finn escondiendo una sonrisa.

—Hablo en serio —les dio un pequeño apretón—, es muy complicado para mí llevaros a vosotros con el arnés mientras tiro del carrito de vuestra hermana. Así que os agradecería que pusierais de vuestra parte; ¿me ayudaréis? —Asintieron robóticos—. ¿Cuál es nuestro objetivo?

—¡Conocer a Santa Claus! —chillaron eufóricos al unísono.

—¡*Caus!* —se unió Olivia desde su asiento.

—¿Y qué vamos a hacer cuando estemos con Santa Claus?

Volvió a darles otro apretón a sus frías manitas para impedir —con poco éxito— que empezaran a alterarse.

«Por favor, universo, que al menos me den tiempo a salir del parking», deseó dedicando una suplicante mirada al cielo antes de cerrar el coche.

—¡Vamos a sentarnos en su regazo y vamos a pedirle muchos regalos! —canturreó Sophie.

—¿Y qué más?

—La foooto —bufó exasperado el pirata más temido de América—. ¡La foto! ¡La foto! ¡La foto!

Puede que hubiera sido un poco pesada con el tema durante el viaje hasta allí, pero ella mejor que nadie sabía cómo era la señora Nightingale, y estaba segura de que no iba a conformarse con cualquier foto de sus preciosos hijos con Papá Noel, no. Tenía claro que Beatrice necesitaba una foto perfecta, una foto de revista, de postal navideña. Una foto de sus tres angelitos de cabellos dorados y ojos azul celeste sonriendo de forma encantadora a cámara, como recién salidos de un anuncio de material escolar, del *student's book* que garabateaba en las clases de inglés, o de un sueño divino.

Más bien de su peor pesadilla.

Solo esperaba que le diera tiempo a hacerles la maldita foto antes de que alguno de ellos le quitase la peluca a Papá Noel de un tirón o le intentaran robar las gafas para utilizarlas como lupa y torturar a las hormigas hasta abrasarlas vivas.

—Perfecto, pues vamos allá.

Respiró hondo, planeando cada segundo, cada paso, cada movimiento que debía ejecutar para lograr llevar a cabo su misión lo más deprisa posible y salir de allí con todos los dedos de la mano intactos y sin ninguna orden de alejamiento.

Pobre muchacha, aún no era consciente de todo lo que le esperaba.

Lola tenía la absurda esperanza de que, al haber llegado a *primerísima* hora al centro comercial, todavía no estaría masificado y el objetivo sería mucho más rápido y sencillo de cumplir. Pero la cantidad de vehículos aparcados que iba contando intranquila a medida que avanzaba por el parking hacia la entrada dispó esa falsa ilusión.

Estaba claro que, por muy pronto que fuese, se dirigía a uno de esos lugares que *siempre* estaban repletos de gente, aunque lloviese, tronase o se agrietase el suelo y resurgieran desde el inframundo los mismísimos jinetes del Apocalipsis. Lola tendría que agradecer a los señores Nightingale la maravillosa idea de llevar a sus hijos a ver a Santa Claus justamente a *ese* centro comercial.

«Serán cabrones —gruñó—. No había otro.»

Mall of America, el complejo comercial más grande de América del Norte y uno de los más visitados del mundo.

Comprobó una última vez que llevaba la correa —que conectaba con el par de demonios que andaban dos pasos por delante— bien atada a su cintura.

Lola no era creyente, pero en ese momento estuvo a punto de ponerse a rezar.

Debería haberlo hecho.

Capítulo 2



Lola

Primer obstáculo que esquivar: los puntos de donación.

En época navideña, las entradas de los centros comerciales se llenaban de casetas y pequeños puestos, cada uno dedicado a una ONG, una fundación o una protectora. Lola se sentía la persona más horrible del mundo cuando fingía no oír a los voluntarios pedirle unos segundos para hablar y los sobrepasaba acelerando el paso, con tensas sonrisas en los labios en señal de disculpa. Ya le habría gustado a ella poder donar a cada una de las organizaciones algo con lo que ayudar a los demás, pero con su sueldo de *au pair* no es que nadara en billetes precisamente.

Au pair. El nombre podía sonar muy sofisticado, pero no era más que un trabajo como niñera a cambio de alojamiento, comida y una reducida compensación económica para poder subsistir a kilómetros de casa.

Que, oye, ella estaba más que agradecida, sabía que no podía quejarse con la paga que le proporcionaban Beatrice y Gregor. A los pocos días de instalarse en Minnesota, conoció a otra chica española que también estaba trabajando como *au pair* y se quedó horrorizada al descubrir que la pobre cobraba la mitad que ella.

Ambas se habían aventurado a vivir nuevas experiencias y querían aprovechar su estancia para perfeccionar el inglés de una vez por todas. Lola consideraba que era un completo desastre para ello (como para todo, en general). En el colegio no fue capaz de aprender más allá del verbo *to be* y los puñeteros *irregular verbs*, que su profesor le hacía repetir como un loro, sin entender en realidad lo que salía de su boca.

Si ahora sabía defenderse mínimamente en ese idioma era gracias a haberse tragado cientos de capítulos de series norteamericanas. Ese fue uno de los motivos por los que creyó que el mejor destino que podía escoger para vivir una temporada como uno de sus personajes femeninos favoritos sería Estados Unidos.

Sin duda se iba a convertir en la protagonista de una película americana, pero de las cutres; de esas que programan en la tele un domingo por la tarde y te paras a verla solo un momento por lo desastrosa y surrealista que es... Iba a ser un momento, tan solo un momento, pero antes de poder darte cuenta te la has tragado enterita y se convierte en tu nueva comedia navideña favorita, de la que olvidarás su existencia hasta las próximas Navidades.

Un fuerte tirón la hizo tambalearse hacia atrás.

Las ruedas delanteras del carro se elevaron y por un segundo su corazón se detuvo, creyendo que la pequeña Olivia saldría volando por los aires. Pero con un torpe movimiento consiguió bajar las ruedas de nuevo al suelo, provocando un golpe más brusco de lo que pretendía. La bebé estalló a llorar del susto y, antes de que pudiera dirigirse a ella para calmarla, otro fuerte tirón volvió a estrechar su cintura.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?! —chilló en español, provocando que la pobre Olivia incrementase su llanto.

«Y ni siquiera hemos entrado aún —se martirizó—. Jesús, llévame pronto.»

—¡Animales! —exclamó Sophie a sus espaldas.

Junto a Finn, trataba de acercarse a uno de los puestecitos de donaciones, donde una Papá Noel menuda, de manos temblorosas y arrugas cálidas, intentaba ocultar la risa que le provocaban los mellizos.

—¡Pero bueno! —Esta vez fue Lola la que pegó un tirón de la correa para que le prestaran atención—. ¿Dónde ha quedado lo de portarse bien?

—Es que son perritos y gatitos —murmuró Finn—. ¿Podemos ir?

Resopló agotada y arrastró el carrito hacia la señora con barba que, enfundada en un disfraz de una talla que no le correspondía, aguardaba colocada junto a un cartel lleno de fotografías de diferentes perros y gatos. Algunos de ellos, cachorros, otros bañados en canas, pero todos con algo en común: una mirada triste y desoladora que suplicaba a gritos un hogar.

Si Lola ya se sentía una persona horrible, aquello era lo último que necesitaba ver.

Bajo el cartel había un ancho cesto rectangular lleno de bolas de Navidad rojas, verdes, blancas y doradas, pintadas a mano con mucho mimo, y un pequeño letrero enganchado a este:

3 \$

BOLAS NAVIDEÑAS DE LA SUERTE

SUERTE PARA TI

SUERTE PARA ELLOS

(Todas las donaciones son destinadas
al cuidado y el bienestar de nuestros animales,
asegurando que reciban la atención
y el amor que se merecen.)

—Asociación Protectora Patitas Traviesas —leyó divertida mientras con suaves movimientos mecía el carro para terminar de calmar a la bebé—. ¿Podría darme tres bolas navideñas de la suerte, por favor?

«¿Puedo intercambiar dos niños por dos gatos, por favor?», era realmente la pregunta que le habría gustado hacerle.

—¡Por supuesto!

La mujer cogió tres bolas con mimo y Lola asintió cuando le preguntó con la mirada y un delicado gesto de mentón si se las entregaba a los niños.

Mientras Sophie y Finn daban saltitos de alegría con sus respectivas bolas entre las manos y Olivia rechupeteaba la suya —la señora le aseguró que eran totalmente aptas para los niños y los animales, que no llevaban ningún material tóxico—, abrió su bolso y le entregó a la voluntaria un billete de diez dólares.

—Quédese con el cambio —le dijo al ver que sus dedos temblorosos rebuscaban en el bolsillo del enorme disfraz—, para las patitas traviesas —bromeó.

—Qué amable eres. —La gruesa cuerda que le sujetaba la barba a las orejas podía verse perfectamente cuando sonreía, aunque a los críos parecía no importarles.

La mujer la analizó con interés, asintiendo pensativa más para sí misma que para nadie que la estuviera observando. Lola ladeó la cabeza extrañada mientras seguía los ojos de la señora hasta que estos volvieron a encontrarse con los suyos. Entonces adentró de nuevo una mano decidida en el cesto de mimbre y sacó otra bola de Navidad.

—¡No hace falta! —respondió Lola apurada cuando se la ofreció—. Espere, que le doy los dos dólares que faltan...

—No, es un regalo —insistió la señora colocándole ella misma la bola sobre la palma de la mano y cerrándole los dedos alrededor para que no tuviera opción a negarse—. Tú también

mereces suerte —miró a los mellizos de reojo—, y la necesitarás.

—No se imagina cuánto —rio agradecida—, muchas gracias.

—A ti, bonita, felices fiestas. —Les dedicó una sonrisa a los niños—. A vosotros también, traviesos.

—¿Qué se dice? —les recordó la niñera.

—¡Muchas gracias, Patitas Traviesas! —exclamaron al unísono, provocando una sonora risotada de la voluntaria.

Retomaron el camino y suspiró aliviada al ver que los críos estaban entretenidos abriendo sus respectivas bolas navideñas e intentando leer, con torpeza, lo que ponía en el papelito que les había tocado a cada uno de ellos.

Sí, Lola era más que consciente de la situación. ¿Se portaban mal y ella los recompensaba comprándoles un capricho?

«Sí, soy culpable, que me detengan.»

Sabía que no era la metodología más acertada para lidiar con malos comportamientos, pero había aprendido a las malas que así era como funcionaban esos críos. Aquella era la forma en la que estaban acostumbrados a interactuar con sus padres. Así que, tras muchos intentos por cambiar esas dinámicas, terminó por rendirse. No tenía la capacidad —ni la paciencia— de hacerlos cambiar. Todavía le quedaban unos cuantos meses allí, y tenía claro que no podía perder la cabeza —ni la salud mental— tan pronto intentando educar a unos hijos que no eran suyos.

¡Si ni siquiera le gustaban los niños!

—«La vida es... corta y los bastones de caramelo, duros. Sonríe antes de perder... los dientes» —leyó lentamente Finn en voz alta—. Pues a mí se me mueve uno, ¡míralo!

Abrió la boca en sus narices y empezó a mover con el dedo uno de sus dientes de leche, uno que —por suerte para Lola— pronto se le caería y así dejaría de torturarla de esa manera.

—¡Finn, déjate el diente quieto! —El niño rio ante su mueca de asco—. ¿Qué pone en la tuya, Sophie?

—«La Navidad... es un buen motivo... para arriesgarse... ¡Atrévete!» —Arrugó la nariz insatisfecha—. No me gusta, es aburrida.

—No, a mí tampoco me gusta para ti —respondió Lola quitándole rápidamente el papelito de las manos, antes de que la declaración de «arriesgarse» se convirtiera en algo tentador para la niña. «Lo que me faltaba», pensó—. Toma, abre la mía.

Sophie se lanzó hacia la bola con rapidez, procurando esquivar los escurridizos dedos de Finn, que querían atrapar el adorno antes que ella.

—¡Que me la ha dado a mí! —chilló Sophie soltándole un codazo.

—¡Dámelo! ¡Yo leo más rápido que tú! —respondió su hermano intentando quitarle la bola de las manos.

—¡Se acabó! —La exhausta niñera metió la mano entre ambos y se la arrebató.

Finn frunció el ceño cruzándose de brazos y Sophie empezó a gimotear como premonición de un llanto.

—Finn, se la he dado a Sophie y lo va a leer ella. —Esta aumentó el puchero antes de abrazarse a las piernas de Lola y esconder la cara entre ellas—. Venga, Sophie, cariño, toma. —Le tendió la bola, pero la pequeña no despegaba la cara de sus vaqueros—. ¿Ya no lo quieres leer? —Negó en respuesta—. ¿Quieres que lo lea Finn? —Negó con más ímpetu—. ¿Lo leo yo? —Tardó unos segundos en asentir.

Abrió el adorno con un seco giro de muñeca y desdobló el papelito que escondía en su interior, no sin antes dedicarle una mirada de reproche a Finn, que contemplaba a Sophie compungido. Carraspeó antes de canturrear el mensaje.

—«Este año Santa Claus viene acompañado. Prepárate para

Cupido... ¡Tiene una flecha para ti!» —leyó en voz alta—. ¡Mira, Sophie! ¡Vas a conocer a tu amor, como las princesas! —intentó animarla, porque lo de incitarla a lanzar una flecha no lo vio muy buena idea—. Olivia, dile algo bonito a Sophie.
—¡Linda! —balbuceó en español desde el carrito.

Uno de los pasatiempos favoritos de Lola era enseñarle piropos de telenovela a la bebé, que esta canturreaba siempre a la orden de «Dile algo bonito». Le había puesto tanto empeño que estaba segura de que aquella criatura sabía decir más palabras en español que en su lengua materna. Era muy gracioso oír aquellas palabras de su boca, como un chute de felicidad instantáneo.

Sophie, tras unos últimos gimoteos forzados, por fin separó el rostro de sus piernas, dejando un manchurrón húmedo sobre la tela de los pantalones que Lola esperaba que tan solo fuesen lágrimas y no mocos refregados junto con goterones de baba. Le dedicó una sonrisa pícaro y ensanchó los ojos con expectación.

—No es verdad, la bola era tuya —amplió su sonrisa—, el príncipe es para ti.

Lola rio enternecida, colocándole un dorado mechón tras la oreja.

La niña había salido de casa con una trenza *perfecta* que Lola se había pasado media hora peinando con dedicación, pero ahora se le escapaban pelitos entre las hebras y un par de mechones sobre el rostro que la hicieron suspirar rendida.

—Pues a ver si mi apuesto príncipe... —murmuró— ¡me ayuda con estos salvajes!

Los mellizos chillaron sorprendidos cuando se lanzó hacia ellos. Intentaron escapar, pero no lograron hacerlo ante la velocidad con la que los brazos de Lola los rodearon. Después de varias semanas como niñera, Lola ya era toda una experta en ataques de cosquillas, provocándoles que se ahogaran en sus

propias carcajadas hasta que sus brillantes mejillas se tornaban de un rojo intenso. En esa ocasión, antes de que ese rojo mutara a violeta, los dejó respirar tranquilos, concentrados en apaciguar sus exhalaciones, y aprovechó los pocos minutos de calma que había conseguido para retomar el camino y adentrarse de una vez en el centro comercial.

—¡Cuánta gente! —gritó Sophie al sobrepasar las puertas—. ¡Lola, mira! ¡Por ahí se baja al acuario!

—¡Yo quiero ir al parque de atracciones! —Finn empezó a dar saltitos y se arrancó el parche con ansias para observarlo todo a su alrededor—. ¡Atracciones!

—¡Taciones! —repitió Olivia.

Respiró hondo una vez más.

Y otra.

Y otra.

Si Cupido tenía una flecha guardada para ella, esperaba con ansia que se la clavara en la frente.

Más o menos, eso hice.